



Segundo dolor.

En este dolor segundo, para matar á mi Hijo, mandó Herodes iracundo degollar, ¡duelo prolijo! los inocentes del mundo.

Un ángel del cielo vino, y avisó á mi amado Esposo, que emprendiésemos camino, pues viene Heródes furioso con su ejército maligno. Congrandolor en mis brazos tomé á mi Hijo, y á Egipto nos fuimos con tristes pasos y yo y mi Esposo, ¡qué conflicto! mi pecho se hace pedazos.

A cada instante volvía los ojos, por ver si acaso el tirano nos seguía; desmayando á cada paso con tan mortal agonía. Sin la menor prevención, sin dormir ni descansar, quebrantado el corazón, caminaba sin parar, contemplad con que aflicción.

Unos ladrones sin tasa nos salieron, y un ladrón escuchando lo que pasa, ablandó su corazón, y nos hospedó en su casa. Haz tú como aquel ladrón, compadécete de mí en tan amarga aflicción; que lo que yo haré por ti, es conseguirte el perdón.



Tercer dolor.

El tercer dolor; tres dias tuve perdido mi bien, contempla mis agonias, que tú llorarás tambien las amargas penas mias.

Yo y José, mi esposo amado, con Jesus al Templo fuimos, y habiendo los tres llegado, un grande concurso vimos de gente allí congregado.

La gran fiesta que allí habia habiéndose ya acabado, yo del Templo me salia, y José con gran cuidado por otra puerta venia.

Y juntándonos los dos, á mi esposo pregunté: José, ¿y el Hijo de Dios? Maria, yo no lo sé, pues juzgué que iba con vos. Ya mi corazón partido con una angustia tan fuerte, quedó como sin sentido, llorando la amarga suerte de ver á Jesus perdido.

Tres dias fuí preguntando con sus noches, ¡qué tormento! yo y José siempre llorando, hasta que le hallé en el templo con los sabios disputando. Si á Jesus tienes perdido por la culpa, ven á mí, cuando te halles afligido; que como lo hagas así, tendrás descansar cumplido.



Cuarto dolor.

El cuarto dolor fué, cuando con la carga sin mesura ví á mi Hijo caminando por la calle de amargura, cada instante tropezando.

Siendo la sentencia dada, vino Juan á mi retiro, y me dió aquesta embajada; yo dando un tierno suspiro quedé como desmayada.

Con valor que me dió el cielo en angustia tan crecida, caminaba con anhelo á ver el bien de mi vida, afligida y sin consuelo.

Llegué á la calle cruel, donde me paré á escuchar las voces de aquel tropel, que un instante sin parar, todos blasfemaban de él. La trompeta y el pregón decia: muera el malvado, facineroso, ladrón; y pague crucificado, su infame predicacion.

Rompí por entre la gente, y con mi Hijo abrazada, le hablaba allá interiormente con la garganta anudada de dolor tan vehementemente. Si aqueste amargo dolor imprimen en tu memoria, te aseguro, pecador, que conseguirás la gloria, prenda de inmenso valor.



Quinto dolor.

El quinto fué tan penoso, que es digno de contemplar; cuando á mi Hijo precioso yo misma le ví enclavar en la cruz como alevoso.

Llegamos á la montaña del Calvario, y por despojos le arrancan con ira y saña á la lumbre de mis ojos la túnica, ¡cosa estraña!

Cuando le vi despojado, renovadas las heridas, todo el cuerpo destrozado, crecieron las ansias mias al verle tan maltratado.

Quese extendiese, ordenaron, en la cruz, y él con paciencia hizo lo que le mandaron, y con tirana insolencia piés y manos le enclavaron. Y despues la cruz volvieron aquellos sayones bravos, sobre su faz la pusieron, y remacharon los clavos, con que mis penas crecieron.

Despues aquellos sayones la santa cruz levantaron, con blasfemias y baldones el sacro cuerpo dejaron en medio de dos ladrones. Si dolor tan vivo y fuerte te ocupas en meditar, llorando mi amarga suerte; yo te prometo ayudar en las ansias de tu muerte.



Sexto dolor.

El sexto; con tiernos lazos al Hijo de mis entrañas difunto, y hecho pedazos por las malicias estrañas, lo pusieron en mis brazos.

Dos santos varones vieron mi tristeza y amargura, y á Pilatos le pidieron para darle sepultura licencia, y la consiguieron.

Y luego desenclavaron aquel cuerpo sacrosanto, y en mis brazos lo entregaron: con un lienzo limpio y blanco al punto lo amortajaron.

Con unguentos olorosos, que prevenidos traian, le ungiéron estos piadosos varones, que me asistian en lances tan lastimosos. Yo que lo estaba mirando de los piés á la cabeza, mi dolor siempre avivando, con una amarga tristeza le decia suspirando:

Hijo mio muy amado, quien os puso esas espinas? quien abrió aqueste costado? quien vuestras manos divinas? quien esos piés taladrado? Si este dolor tan amargo contemplas, dejando el vicio, de lo que Dios te hará cargo en el dia del juicio, yo daré por ti el descargo.



Séptimo dolor.

El séptimo, ¡ó que asunto, pecador! esto es muy fijo, que toda me descoyunto al hallarme sin mi Hijo ya ni vivo ni difunto.

Los varones con quebranto me decian: Gran Señora, no os entregéis mas al llanto, que ya es llegada la hora del entierro sacrosanto.

Mitigad tanto tormento, cese ya esa pena dura, dadnos el cuerpo sangriento, para darle sepultura en un nuevo monumento.

Pero yo aunque agradecia fineza tan amorosa, dándoselo les decia: Tomad esa prenda hermosa, del Hijo que mas queria. San Juan y la Magdalena me llevaron de los brazos, todos cargados de pena, fuimos siguiendo los pasos donde el sepulcro se ordena.

Llegamos al monumento, donde con piedad honrosa pusieron el cuerpo dentro, cubriéndole con la losa; contemplad mi sentimiento. Todas estas siete espadas pasaran mi corazón; si de ti son contempladas, gozarás el galardón en las celestes moradas.